

CREER

El desafío de superarse siempre

A photograph of Diego Simeone, a man with a beard and short dark hair, wearing a black suit and tie. He is smiling broadly and has both fists raised in a celebratory gesture. The background is blurred, showing stadium lights and colors.

DIEGO
SIMEONE

CREER

EL DESAFÍO DE SUPERARSE SIEMPRE

**DIEGO
SIMEONE**

CREER

EL DESAFÍO DE SUPERARSE SIEMPRE

*A mis hijos, a quienes les robo tiempo
para seguir mi pasión.*

*A mis viejos, que me ayudaron
a ser el hombre que soy.*

*A mis jugadores, que en todos estos años
me obligaron a mejorar y me dieron
la oportunidad de aprender de ellos.*

*A mis maestros, de los que aprendí
en silencio el valor de este juego
que se parece tanto a la vida.*

*A quien acompaña mis sueños
en la intimidad del día a día.*

*A mis colaboradores, que me ayudan a
pensar y a imaginar nuevos desafíos.*

*Y a todos aquellos que creen en el
milagro de sus propias fuerzas.*

1. SOÑAR

Los Simeone somos de Garófali, un pueblo muy chico, mínimo, cercano a Nápoles. Nos criamos con mi abuela, que siempre decía *mamma mia* o *mannaggia*. Teníamos rasgos italianos que se manifestaban en nuestra manera de vivir. Éramos contestatarios, rebeldes, inquietos, siempre tratando de resolver situaciones. Estábamos todo el tiempo en movimiento y todos teníamos personalidades fuertes y diferentes, pero no chocábamos entre nosotros. La autoridad la tenía mi abuela, que era la que más gritaba. Ella sentía el arraigo de sus antepasados italianos. Tenía mucha personalidad, mucha fuerza y era muy ordenada para todo. Había que poner la mesa y guardar los juguetes después de jugar en el único lugar permitido, que era el piso. Era así: no había tregua. Con el tiempo, todas esas situaciones menores van construyendo la personalidad.

Mi abuela influyó mucho sobre nosotros hasta que yo tuve 12 años, que fue el momento en el que mi mamá dejó de trabajar. Hay algo que hace una madre por sus hijos que a veces es invisible, y que uno recién aprende a considerar y a agradecer cuando pasan los años. Y a mi madre le debo el estar siempre atenta a todo. Podía acompañarme con un té con limón, con la torta que más me gustaba o con un masaje cuando estaba contracturado. Cuando me mudé a Pisa, de hecho, vivió dos meses en Italia, dos meses en Buenos Aires y así. Siempre me contuvo y me ayudó. Con mi vieja no se puede hablar de fútbol porque la aburre un poco. Pero me dio algo especial: una energía positiva, una manera optimista de mirar el mundo.

Mi viejo siempre fue práctico y concreto. Cuando venía de trabajar, me decía: “Me dijeron que te portaste mal”, y me tiraba del pelo. Un día íbamos en el auto y me preguntó si me gustaba que me tiraran del pelo. Yo le contesté que no, entonces él me dijo: “A mí tampoco, pero cuando llego del trabajo y me dicen que te portaste mal es como si me tiraran el pelo”. Era un ejemplo sencillo pero muy contundente. Cuando a uno le tiran el pelo detrás de la oreja, eso molesta; a él le molestaba volver del trabajo y

que le rompieran las pelotas. Su acercamiento hacia nosotros era así, totalmente práctico.

Jamás tuve un choque con él. Es posible que tengamos una forma de ser parecida. Somos de evitar situaciones que deriven en un enfrentamiento. Intentamos vivir bien o directamente nos enojamos. No hay término medio. No existen, entre nosotros, esas charlas que lentifican las situaciones para evitar el choque. Siempre tuvimos una relación directa. El reto mayor que recibía cuando era chico era por llegar tarde, pero por lo general yo no daba razones para el castigo. Nunca hubo episodios graves. Sí retos como los de cualquier padre a su hijo, pero jamás un detonante como para que alguien dijera: “Acá está pasando algo diferente”.

No tengo memoria de mí mismo sin una pelota de fútbol. Si me acuerdo de mis primeros pasos, la pelota ya estaba conmigo, aunque todavía no fuera una de verdad sino una media rellena de papel. ¡Yo mismo soy casi una pelota! A mi viejo le gusta contar la anécdota de cuando me regalaron un fuerte con indios y soldados y armé una cancha con once indios de un lado y once soldados del otro.

Cuando íbamos a la verdulería que estaba a la vuelta de casa, en Palermo, pedía unas cintas de plástico

celestes y blancas que venían con los cajones, las cortaba y marcaba el límite de la cancha donde estaba la gente. Ya tenía los arcos de plástico que se compraban para la torta de cumpleaños y con todo eso armaba los partidos: indios contra soldados, rastis blancos contra rastis rojo. A los que sobraban los ponía en las tribunas, era como un director de teatro, estaban los jugadores pero también la escenografía. Con 5 o 6 años ya intuía lo que podía pasar en el juego, adentro y afuera, y cuando tenía todo montado hacía que los jugadores se fueran pasando la pelota hasta llegar al arco de enfrente. Cuando hago memoria sobre mi infancia, me veo siempre en esa situación.

A esa edad es muy difícil jugar al fútbol de manera organizada, pero yo ya quería jugar. Como todos los pibes, empecé en el colegio. Después estuve en un club de barrio, el Villa Malcolm, que está en la Avenida Córdoba. También jugaba en la calle, de árbol a árbol, de portón a portón, de esquina a esquina. Antes de empezar con el juego de equipo jugaba donde había lugar para hacerlo, con pelota de plástico, de goma grande o chiquita, o con cualquier cosa que se pudiera patear.

Cuando un chico empieza a jugar a la pelota es como un malabarista que se dedica a un juego individual. Pero después se aprende que el fútbol no es un

juego de uno solo, que hay que jugar con otros y además enfrentar a otros. Un día se comienza a competir y lo único que se busca es ganarles a los demás. Pero a los 8 o 9 años no se piensa totalmente en equipo. Sin embargo, yo muy pronto elegí una posición neurálgica en el juego, que es la del mediocampo. Eso me dio la posibilidad de intuir que se trataba de un deporte de ataque y de defensa.

En el baby se juega de cinco y el arquero: dos atrás, uno en el medio y dos arriba. El esquema era ese y yo jugaba en el medio. De a poco me fui dando cuenta de que no era un juego en el que fuese fácil ganarle al otro como uno quería. Más allá de buscar el triunfo frente al rival, había una situación de juego que era necesario tener en cuenta.

Me acuerdo de que cuando era muy chiquito, en el año 79, jugaba en un equipo que se llamaba Estrella de Oro. Ya armábamos jugadas de estrategia. Una de las reglas del baby era que no se podía sacar el lateral hacia el área porque si la pelota picaba ahí se cobraba foul. Pero nosotros teníamos un pibe que sacaba el lateral al vacío con mucha precisión y yo cortaba en diagonal para encontrarme con la pelota. A los 8 años ya tenía *timing* para conectar la pelota de cabeza atacando el espacio.

Todavía me sorprende que hayamos podido hacer eso siendo tan chicos. Supongo que no era fácil porque es una edad en la que solo “se juega a la pelota”. Pero nosotros podíamos interpretar una acción que significaba encontrar la pelota en un espacio de ataque de un modo particular. Posiblemente el entrenador nos habría enseñado a hacer ese movimiento, pero la ejecución era nuestra. Y se trataba de un recurso que utilizábamos muy seguido porque era una forma de hacer un gol en un equipo que no jugaba extremadamente bien. Teníamos una posibilidad en una acción detenida y no la desaprovechábamos.

Contando esto y trayéndolo al presente, siento que desde muy chico intuí que jugar al fútbol consistía en encontrar algo sobre el espacio. Se pasan más minutos sin la pelota que con ella, y en esos minutos que se juega sin la pelota hay que ocupar muy bien los espacios.

Entonces, este juego del que todos nos enamoramos por la pelota es sin la pelota. Todos nos vamos formando con algunas ideas de la infancia y yo me fui formando de chiquito como un volante agresivo. Cuando me fui a probar a Vélez, también me hicieron jugar en el medio y pude empezar a desarrollar mi vocación de mediocampista con aspiraciones de delantero.

Mi primer ídolo fue Falcao, un 5 brasileño de los años 80. Me encantaba. No tenía nada que ver con mis características pero me gustaba mucho. Era un tipo elegante y con mucho juego. Uno siempre sigue a los jugadores del equipo del que es hincha, y como yo era de Racing me gustaba José Berta. Tenía personalidad, era agresivo e intenso. Pero yo nunca fui solamente un 5. Siempre tuve la cabeza abierta y creo que haber pasado por los consejos de Carlos Pachamé, Carlos Birlardo y mucha gente que influyó enormemente en mi crecimiento desde los inicios, me abrió la posibilidad de no centrarme solo en un espacio del campo. Yo no era un jugador de un lugar, jugaba de una manera mucho más amplia que quien ocupa un puesto.

**SE PASAN MÁS MINUTOS SIN LA
PELOTA QUE CON ELLA, Y EN ESOS
MINUTOS QUE SE JUEGA SIN LA PELOTA
HAY QUE OCUPAR MUY BIEN LOS
ESPACIOS. ENTONCES, ESTE JUEGO DEL
QUE TODOS NOS ENAMORAMOS POR LA
PELOTA ES SIN LA PELOTA.**

Siempre quise ser futbolista. Nunca dudé. Pero no puedo hablar de un hecho puntual. Se fue dando. Sería injusto si dijera otra cosa. Para mí fue todo muy natural. Las cosas se fueron dando progresivamente. Ante todo, creo que tuve un buen sostén familiar para ir construyendo una personalidad. Porque para jugar a la pelota no alcanza con hacerlo bien. Los jugadores de fútbol diferentes son aquellos que tienen una gran personalidad, los que le pueden transmitir a este juego otras virtudes que no son solamente las de tener destreza en el deporte.

Debo el hecho de haber sido futbolista a la personalidad que fui construyendo mientras crecía. Mi abuela, que me inculcó la idea del orden, el acompañamiento de mi viejo y la estabilidad familiar fueron claves en esa formación. Después, hay una corriente que lleva hacia adelante. Porque cuando uno quiere cumplir un deseo, eso funciona como una obsesión. Y ya no importa mucho alejarse de algunas cosas si uno se está acercando al objetivo.

**CUANDO UNO QUIERE CUMPLIR UN
DESEO, ESO FUNCIONA COMO UNA
OBSESIÓN. Y YA NO IMPORTA MUCHO
ALEJARSE DE ALGUNAS COSAS
SI UNO SE ESTÁ ACERCANDO
AL OBJETIVO.**

En mi caso fue una suerte no tener que alejarme pronto de mi familia. Estuve hasta los 20 años en mi casa. Pero a partir de los 14, cuando más o menos se empieza a intuir que el camino está más cerca, se comienza a experimentar una sensación de egocentrismo. Todos los chicos que tienen ese deseo, a esa edad deben sentir que se están acercando a algo importante.